



## das hermanas

CUENTO, POR CAMILO JOSÉ CELA

**E**N la casa, alta, grande, sombría, casi negra, sólo de tarde en tarde sopla el tibio vaho de la misericordia. Ha sido levantada, setenta o setenta y cinco años atrás, por el padre de José, el viejo de hoy. En ella enterró los dineros que hizo, Dios sabrá cómo, en los primeros años de su vida y en ella enterró también —todos, menos el juez, sabemos de qué manera— su conciencia, primero, su canidad, después, y su pobre mujer, poco tiempo más tarde.

Corre de boca en boca por la comarca que la charca sólo aúlla desde entonces cuando se acuerda, por las noches, de los secretos que no puede revelar.

Cuando murió su madre, José tenía no más de cinco o seis años y la soledad en que la casa quedó le fué haciendo un espíritu taciturno, amante de la crueldad solitaria y de las largas horas viendo

( CONTINUA EN LA PAGINA 52 )

van a las cantinas y a los bailes, y los kichés se recluyen en sus casas o en las casas de los hermanos cofrades, hasta el día siguiente.

En el Sábado de Gloria se relevan las Cofradías. Estas son garantizadas cívicamente por los electos, los cuales asumen cargos de justicia, dirección y control en las actividades generales de la tribu.

Respetuosos con el mando supremo del Gobierno guatemalteco, los maya-kichés obedecen las ordenanzas del Estado respecto al servicio militar, las obligaciones ciudadanas y otros detalles patrióticos; pero conservan una especial autonomía para dirigirse como tribu, por lo cual tienen constituida una Oficina de Coordinación Indígena, especie de pequeño ministerio de relaciones exteriores con las restantes tribus y con los ladinos.

Después de proclamarse la independencia de Guatemala, estos indígenas han continuado exactamente en la misma situación que tenían después de la conquista. Cuando se les quiere imponer alguna ley que ellos no aceptan, el intérprete contesta indefectiblemente al mandatario que le ordena: "Esto, Tata, no lo van a entender", y no entenderlo equivale a que nada ni nadie les podrá imponer tal orden aunque tuvieran que matarlos.

Para el maya-kiché y para otros naturales de distintas tribus guatemaltecas, nada importan los cambios de Gobierno. Ellos siempre están en la misma posición autóctona y saben que su suerte como "indios" no ha de variar gran cosa. Por ello, obedecen siempre sumisos y colaboran según se les ordena. Para los maya-kichés todos los cambios de gobierno son idénticos a las cambios habidos durante el régimen virreinal. Los Gobiernos son representantes del Señor de Castilla de quien son vasallos, pues ellos "no entienden otra cosa" que la protección espiritual de la Iglesia y la tradición de su pueblo, respetada en sus pactos.

Existe una aversión profunda entre ladinos e indígenas, que es muy abierta y hostil en otras tribus indígenas guatemaltecas; pero los maya-kichés se parapetan en su mutismo e indiferencia, viviendo sus costumbres y tradiciones en medio de los extranjeros y visitantes de su pueblo escogido como meca. Afluyen a éste, gran número de turistas extranjeros, en particular norteamericanos, los cuales aprecian mucho las bellezas del paisaje, el clima y lo pintoresco del color típico. Pero hay una total incompreensión de todos hacia esta raza noble y señorial que calladamente espera a que se cumpla el ciclo de su silencio. Ellos saben perfectamente que primero es necesario sufrir para vencer por el espíritu y los misioneros dominicos hallaron que esta raza no tiene ningún rito idolátrico y que es pura.

Sobre el cerro de la Democracia se halla una piedra antiquísima ante la cual el Aikij (astrónomo) y el Aitij (maestro de la Naturaleza) dan los preceptos para realizar las uniones conyugales perfectas, las siembras, los cuidados a los descendientes... Pero esta piedra equivale a "la piedra del testimonio" de los israelitas. Ante ella obedecen y juran respetar las leyes de la Naturaleza y cumplir los preceptos que impone la fidelidad cristiana. Es completamente falsa toda leyenda levantada sobre su paganismo e idolatría, como lo demostrará la traducción del libro cumbre de la raza maya-kiché, el "Popol-Wuj", el cual fué hallado, en fragmentos distribuidos en distintos poblados, por el Padre D. Francisco Ximénez; en el siglo XVII, y objeto de muy enconadas controversias a causa de las distintas traducciones que se han venido haciendo por celosos investigadores españoles, extranjeros y guatemaltecos.

Los maya-kichés son herméticos y reservados. No se dejan sorprender fotográficamente en su vida privada, por lo cual escasean las demostraciones sobre sus actividades colectivas y privadas; pero se dedican laboriosamente al cultivo de sus campos; cuidan sus ganados y tejen sus propios vestidos y los atuendos y los trajes usados en los bailes de enmascarados.

Las mujeres tejen en telares rústicos, cuidan de los hijos, atienden a las faenas de la casa y son muy buenas comerciantes en el mercado. Su moral es intachable, pues se desconoce el adulterio; son obedientes al jefe de familia, hacendosas, muy limpias y madres amorosísimas. Sanas y fuertes, dan a luz sus hijos en pocas horas y continúan, después de un descanso prudencial, sus labores domésticas.

Hacen sus matrimonios guiados por el consejo de sus ancianos, que eligen por el sabio conocimiento de las leyes naturales de cada criatura y los temperamentos afines. Una vez pasado el período de preparación pre-matrimonial, de dos años lunares (o sea, dos años de 160 días cada uno), en el cual el futuro esposo ha vivido en casa de los padres de la novia, van al templo y son casados por el sacerdote católico. Después bautizan a sus hijos cristianamente y los educan dentro de una majestuosa serenidad, traspasando sus tradiciones de generación a generación.

Nunca precisan de los cuidados de los médicos modernos, y aunque en Chichicastenango se ha fundado una institución médica extranjera, no son los beneficiados los verdaderos maya-kichés, sino los indígenas que se apropian sus vestidos y su fama turística y tienen costumbres castellanizadas mezcladas de errores ancestrales procedentes de la raza azteca y kakchikel.

Por lo que a nosotros consta, los maya-kichés tienen un gran respeto a Castilla y a todo lo que procede de allá, si ello viene saturado de religión católica y buenas intenciones, puesto que ellos son muy observadores e inmediatamente perciben el pensamiento y la intención de sus interlocutores. Tienen mucha fe en el porvenir pacífico de Guatemala y están muy seguros de que el ciclo fenecido de 400 años dará paso a una nueva era de comprensión, paz y justicia para toda la raza, mal comprendida por los extranjeros. Jamás se violentan ante las burlas de otros y no responden a ninguna clase de provocaciones. Esto quizá se deba a que quedaron en ellos —muy grabadas en su mente— las palabras evangelizadoras de Fray Bartolomé de las Casas, quien, en su cristiana catequesis, les dijo:

"Esto dice el Señor: el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

Guatemala, Marzo, 1948.

M A R I A D E D I E G O A .  
(Directora del Departamento de Estudios Ibérico-Mayas, de Guatemala)

## DOS HERMANOS ( CUENTO )

(Viene de la página 27.)



cómo el sol hacía su recorrido, cómo las cañas de la charca se mecen en su delgadez, cómo las nubes del cielo se entretienen en hacer y deshacer su propia figura.

José casó joven —recién muerto su padre— con una campesina de una aldea distante, y de su matrimonio nacieron cinco hijos; los dos varones levantaron el vuelo en cuanto se hicieron hombres y sólo de tarde en tarde se les veía por la casa, chalaneando con su padre o su cuñado, comprando algún caballo. Las tres hijas —Juana, Dolores y Marta— jamás salieron del llano; eran como tres taciturnas palomas de corral, con las alas cortadas, sin una ambición que les llevara hasta los cerros del sur, hasta el lejano robledal del norte, hasta los balcones del llano sobre el resto del mundo que, tercamente, se obstinaban en ignorar.

Las dos mayores casaron y enviudaron en poco tiempo y a las dos les quedó, como recuerdo de tiempos no muy felices, un hondo surco de maldad en el alma y una espesa nube de recelo en la mirada.

La mayor —Juana— casó con un caminante que llegó a la puerta pidiendo un sitio al fuego para pasar la noche. La justicia se lo llevó a los cuatro meses escasos de llegar y de él no se volvió a saber jamás una palabra. Dicen que era francés, escapado de la Guayana.

A los cinco o seis meses de preso el marido, Juana tuvo un niño, a quien le puso Esteban, como su padre. Esteban es un niño de carnes flácidas y como enfermas, que mira fijamente, sin pestañear, a lo mejor horas enteras, para el más oscuro rincón; un niño que se pasa días y días quejándose, sin acabar de llorar, como un hombre herido; un niño serio, en cuyos labios jamás se ve dibujada la sonrisa.

La segunda —Dolores— casó con un amigo de sus hermanos, quien la dejó abandonada al poco tiempo y fué a morir, atropellado por el tren, una noche que marchaba borracho por la vía. Se llamaba Martín —como Dolores puso al hijo que le dejó— y tenía fama de hombre de cuidado por todo el contorno.

La pequeña —Marta— es la que lleva el peso de la familia. Casada, muy joven, con Ramón, diez o doce años mayor que ella, tiene ya tres hijas y un hijo por las fechas y, según fácilmente se puede ver, algo nuevo se espera. Es feúcha y flaca, de lacio pelo y pálida color, y está enamorada arduosamente, sumisamente, con un amor que se parece mucho a la adoración, del marido, que corresponde a su manera, casi siempre cruel, siempre despectivo, sólo a ratos reblandecido por fugaces ráfagas de ternura, que acaban sonrojándolo.

Las dos niñas mayores —Luisa y Cecilia—, altaneras y atravessadas, tienen un empaque casi principesco, y un mirar altivo y como amenazador mal perdido en sus figurillas desmedradas. El padre, a veces, también parece como un príncipe acobardado —todo el cuerpo encogido, menos la mirada— cuando la charca llama, por las noches, a quien no puede sobreponerse a la tentación.

La mayorcita guarda entre unos trapos un gorrión muerto y lleno

de gusanos, a quien besa amorosamente; un gorrión que fué todo como una plumita llena de vida, hasta que un día cayó en las infantiles manos que lo martirizaron, lentamente, concienzudamente, partiéndole el quebradizo pico entre risas contenidas y un caliente sonrojo por las orejas; sacándole los ojos con un alfiler, los ojos que rodaron por el suelo como dos arenillas y que con todo cuidado lavó la niña para poder guardarlos bien limpios, sin tierra ninguna; oprimiéndole el breve pecho jadeante.

Cecilia ve hacer a su hermana y llora, casi con tristeza; es cruel, quizá más cruel que Luisa, pero su espíritu no puede aguantar la crueldad en los demás. Gusta de estar en la cuadra, horas y horas, silenciosa y como preocupada, pendiente de los movimientos del caballo, de los movimientos del toro, de los movimientos del gallo. Cuando llega el mes de abril, sufre como una transformación: la mirada se le alegra, un suave color rosa se le posa en las mejillas... Es entonces cuando da largos paseos por las orillas de la charca, cortando florecillas que ofrece al toro de la cuadra, cantando extrañas canciones que el aire entiende, y los pájaros que se mecen en los mimbres, y los insectos que se posan, un instante, sobre la piedra.

La pequeña —Clara— es una niña rubia, seria, callada, de una belleza serena y extraña en aquel paisaje. Juega sola, a la puerta de la casa, con su amigo el viejo y fiel mastín, y diríase que en su mirada infantil hay un profundo desprecio a todo lo que le rodea.

Mientras tiene pocos años, muy pocos años, es la hija menor del matrimonio, y poco más tarde, cuando nace —¡así no hubiera nacido!— el pobre Mariano, pasa a ser como una madrecita para él.

Tiene siete años cuando Mariano viene al mundo, encanijado, siete meses, con más vida, ciertamente, de la que el desgraciado hubiera precisado.

Al año escaso de nacer, cuando deja de mamar los secos pechos de su madre, y olvidado de todos se debate en el oscuro pajar, Clara se pasa a su lado las horas muertas haciéndole fiestas, secándole las sucias ropas, dándole a beber la leche recién ordeñada. Sin Clara por el medio, el niño hubiera acabado muerto de hambre, pasto de las ratas.

El abuelo y las tías se ríen de él, los primos aseguran que lo mejor es matarlo; las dos hermanas mayores le odian de todo corazón, y los padres no quieren ni oír hablar de él: el padre, despectivo; la madre, irritada.

Hay extrañas razones de la sangre que nadie se explica y que cuentan, en cambio, como verdades ciertas sobre la vida de los hombres. Son atormentadoras razones a las que no se les ve ni el principio ni el fin, pero que acaban atenazándonos con sus duros garfios como atenaza un cepo al zorro que ya no puede huir.

Clara, como decimos, es el hada madrina de Mariano y a su lado fué la caridad alimentando el desprecio y el odio decantándose casi hasta la misericordia.

Es huraña con todos los suyos y gusta de caminar, solitaria, por el sendero de la charca que, perdido entre altas zarzas, dibuja rápidas culebrillas sobre la verde hierba.

Por él se la veía, niña aún, llenándose de margaritas el delantal, la mirada de alegría y de preocupación. Camina hasta cerca de la charca, la mira unos instantes como con respeto y con cariño, y se vuelve —velozmente— sobre sus pasos. Las amarillas y blancas florecitas quedan nuevamente sembradas al borde del camino, mientras la niña huye, sin volver la cabeza, sin apresurarse demasiado, con la cara ligeramente pálida.

Hasta que un día —el día que nació su nuevo hermano, Joaquín— cobró fuerzas y se acercó, como tratando de vencer un miedo injustificado, hasta la orilla misma...

Sí; fué justamente el día que nació Joaquín. Es la primavera, y el sendero está más hermoso que nunca. De buena gana la niña se hubiera llevado consigo a Mariano, que se quedó allí encerrado, jugando con un palo...

Clara hace tremendos esfuerzos para sentirse feliz. Todo le ayuda: el campo huele como nunca, el sol juega con la mañana en mitad del cielo, los mirlos cantan desde los zarzales y los dorados, los cobrizos escarabajos arrastran torpemente, graciosamente, sus hermosos colores sobre la hierba.

De trecho en trecho, Clara se para y contiene la respiración como para sujetar mejor el instante de que goza, llena de libertad y de alegría, como el pájaro silbador que cruza, raudo, casi a ras del suelo, para elevarse a lo lejos, camino de las distantes nubes.

La charca, próxima ya, deja ver la tersura de sus aguas hieráticas, hermosas y verdes para algunos reflejos, verdes y venenosas para cualquier otra luz.

La charca, de día, es un bello lugar menos temeroso que el campo, un fresco rincón donde los pájaros ocultan su escandaloso amor entre las verdes cañas, que se doblan, graciosas, al liviano peso; es muy distinta al temido y traidor paisaje de la noche, con su neblina engañosa y su voz atormentadora como el vagido de un moribundo que se aferra, con su última gota de voz, a un hilo de araña que mece, suavemente, el viento.

Clara llega hasta la orilla misma que aun finge ser el campo, con su césped que crece sobre el lodo finísimo, y sus espadañas cortantes como navajas, y sus nenúfares y sus lirios de suaves y delicados colores; y se queda absorta, muda de admiración. Está ante un paisaje diferente y recién encontrado, ante un mundo que no sospechaba, tan distinto del hosco clima de su casa, de sus tías crueles que se complacen en aburrirla, de sus hermanas que la desprecian, de sus padres que quizás se odian allá en lo más profundo de su pecho.

Se acuerda de Mariano. El no puede salir, pero, ¡si él viera esto! A su hermano se lo imagina, de repente, como un hermoso y tímido lirio preso al tallo que lo nutre... Tiene ganas de llorar —es sólo un instante— y vuelve a pasear la mirada por las tranquilas aguas de la charca, sobre las que docenas de libélulas —que aun no ha descubierto— persiguen el aire en veloces zig-zags.

Lejos, la casa semeja un viejo caballo negruzco que se ha quedado muerto de cualquier maldición, reclinado sobre una peña del camino. Clara le vuelve la espalda.

Mira para los cerros que bordean el llano y piensa que nada hay



más allá del horizonte. Allí está lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo sucio, lo amable y lo aborrecible. Quiere aclarar la cosa un poco más, pero no puede; se limita a comparar a su desgraciado hermano de la cuadra con sus primos, que gozan libremente tirados por el campo; a poner frente a frente la charca llena de colores y la negra casa, el día rebosante de luz y de silencio y la oscura noche preñada de tercas voces que sobrecogen el ánimo.

Camina por la orilla y se sienta sobre una piedra que entra en las aguas como un balconcillo.

Nota un bienestar grande que le recorre todo el cuerpo, a veces hasta un ligero temblor.

Ve el pájaro que pasa dejando caer sobre las aguas el huesecillo de alguna fruta, y ve cómo las aguas se abren, cariñosas, blandas, para recibirlo, cubriendo la misma herida que les hizo, de livianos, ligeros circuillos concéntricos que se extienden, hasta hacerse casi imperceptibles, sobre la tersa superficie.

Piensa que la tierra es el inmenso techo de la casa donde se guardan las malas obras, y que el agua remansada es el techo, brevísimo, del palacio donde viven las cosas hermosas.

En el fondo del estanque, las suaves flores tienen su nido y sobre ellas el mirlo deja caer la roja cereza, la dorada uva.

Mira para las aguas, bajo la piedra, y allí se encuentra, mirándose fijamente, sin atreverse a mover ni un solo pedacito de su cara.

Cada vez es más feliz, feliz como nunca se había imaginado que hubiera podido llegarse a ser.

Ladea la cabeza y las aguas le devuelven la misma cabeza ladeada; levanta una mano y las aguas le muestran la misma mano levantada.

Clara se ríe, cuidadosamente al principio, alborotadamente después. Su risa pasa rodando sobre las aguas de la charca y levanta una huída de mil voces entre los pájaros del cañaveral.

Vuelve a mirarse en el profundo espejo de las aguas y vuelve a encontrarse de nuevo, pintada sobre el techo del palacio donde todo lo amable vivía.

Lleva un hermoso botón morado, grande como una moneda, sobre la blusa. El botón es casi del mismo color que los lirios, y los lirios guardan tan profunda, tan escondida su raíz!

Clara no lo piensa; se arranca el botón —sólo le desagradaba el ruido de la tela al rasgarse— y lo deja caer, por su ligero peso, en el centro mismo de la cara que fijamente la mira al asomarse.

El agua lanza un breve quejido y una gota al aire, y la cara es sólo entrevista —unos instantes— bajo los suaves rizos.

Clara se queda quieta, sin apartar los ojos de la imagen, y ve cómo poco a poco la cara del agua vuelve de nuevo a mirarla, inmóvil, con la sonrisa en los ojos.

¡Cualquiera sabe cuánto tiempo pasó! A veces se piensa que un día entero; otras, que sólo un cuarto de hora, largo, muy largo...

C A M I L O J O S E C E L A

(Dibujos de SENRY.)